



OCURRIÓ DURANTE LA GUERRA
DE LA OREJA DE JENKINS

LA HISTORIA DEL ALFÉREZ JOSEPH

David Rotger

OCURRIÓ DURANTE LA GUERRA
DE LA OREJA DE JENKINS

LA HISTORIA DEL ALFÉREZ JOSEPH



Primera edición: mayo de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© David Rotger

© Lámina de portada: Ampliación del lienzo *Combate del Glorioso contra el HMS Dartmouth*, de Ángel Cortellini Sánchez. 1891.

ISBN: 978-84-19748-60-7

ISBN digital: 978-84-19748-61-4

Depósito legal: M-12635-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Rosario, mi compañera de viaje.

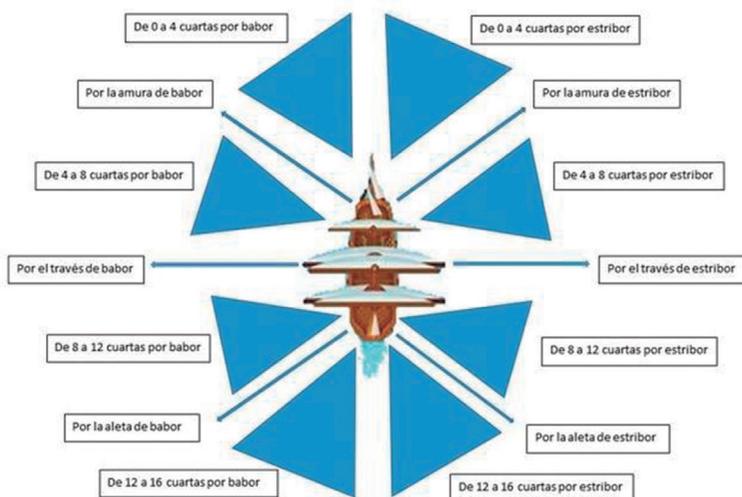
Profesor Miquel Massot «in memoriam».

Índice

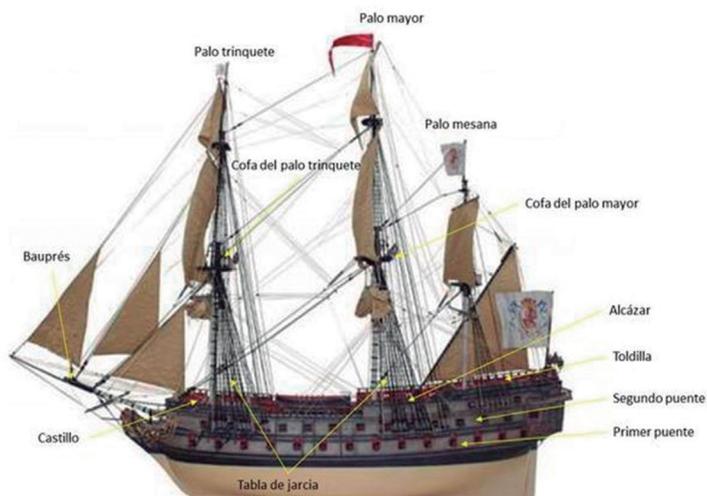
| | |
|--|-----|
| I La batalla de Cartagena..... | 23 |
| II Embarque en el navío Glorioso | 145 |
| III La alargada sombra del conde de Tamajón..... | 157 |
| IV El robo | 191 |
| V Regreso a Nueva España | 203 |
| VI Rumbo a la gloria | 229 |
| Epílogo | 295 |
| Notas del autor..... | 299 |
| (Endnotes)..... | 303 |
| Agradecimientos..... | 307 |

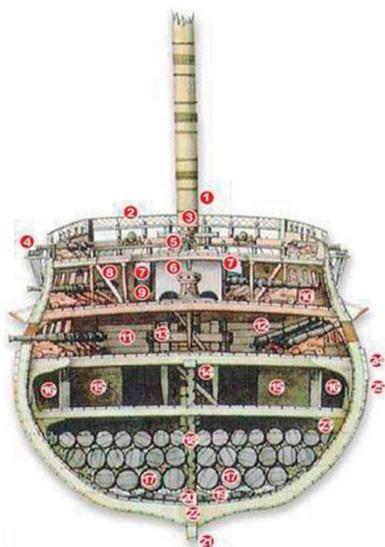
Información de interés y consulta para el lector

Recepción del viento en la navegación de un barco velero



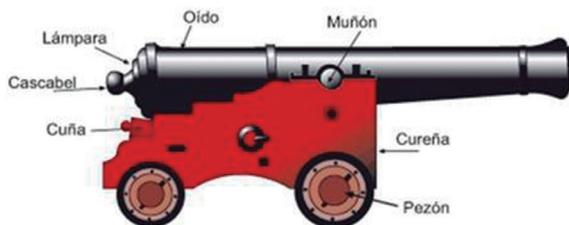
Navío de línea





1. Palo del trinquete.
2. Frontón del castillo y cañones de mira a popa.
3. Cabestrante del castillo y campana de proa.
4. Batería del castillo y mesas de guarnición del trinquete.
5. Cabestrante del combés.
6. Fogón.
7. Portas para salir a los beques de proa.
8. Escalas de los pasamanos.
9. Batería 2ª o del combés.
10. La misma con los cañones en retirada.
11. Cañones 1ª batería.
12. Los mismos batiportados.
13. Bitas y cables.
14. Caja de escotilla de proa.
15. Paños del carpintero, calafate, sangrador y farolero.
16. Callejones de combate.
17. Bodega y aguada.
18. Pie de carnero para bajar a la bodega.
19. Lastre.
20. Sobreferro interior.
21. Quilla.
22. Cuaderna maestra.
23. Sobreplanos.
24. Cintas principales.
25. Línea de flotación.

Cañón naval



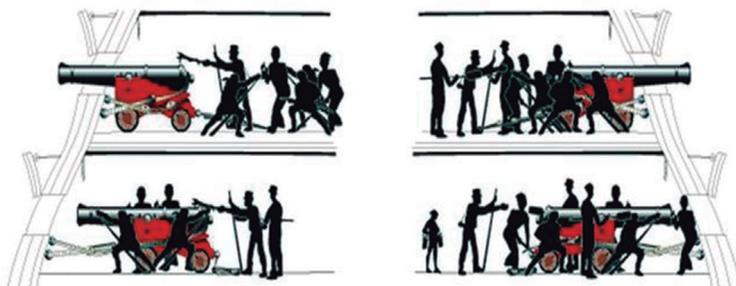
CULATA



Munición



Cañones en batería. Preparados para el disparo



Cañones en retroceso. Preparados para la carga



1.- Se introducía primeramente un cartucho de pólvora hasta el fondo del ánima, mediante un atacador.



2.- Tras el cartucho de pólvora le seguía el proyectil, (bala rasa, palanqueta o metralla), y se taponaba con un taco de estopa



3.- El cabo de cañón agujereaba el cartucho de pólvora mediante un fino punzón que introducía por el oído del cañón.



4.- Se cebaba entonces el oído con pólvora rápida proporcionada por el cuerno que llevaba el cabo de cañón.



5.- Se aplicaba el fuego mediante mecha, con el botafuego.



6.- Esto provocaba la ignición de la carga de pólvora y empujaba con gran violencia al proyectil al exterior, arrojando a su vez el taco desintegrado y pavesas ardiendo.

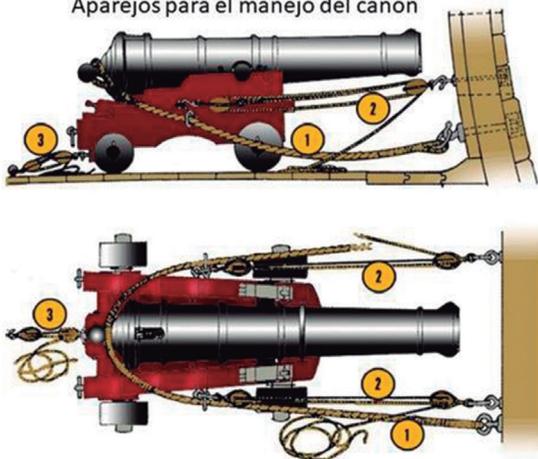


7.- Con la esponja, previamente mojada en agua, se refrescaba el interior del ánima y se apagaban los posibles rescoldos encendidos que hubiera en el interior de la recámara. Este refresco había que hacerlo a fondo cada pocos tiros, pues el cañón podía llegar a ponerse al rojo vivo y llegar a explotar,

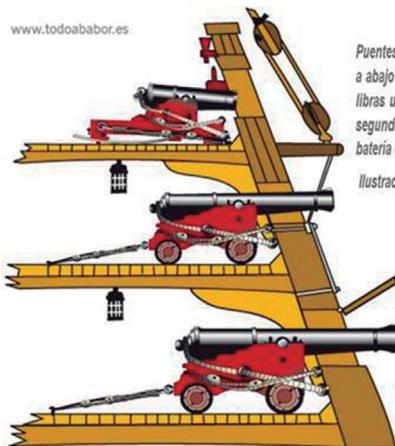


8.- Con el cepillo se retiraban los restos y se limpiaba el ánima, quedando el cañón listo para el proceso de carga.

Aparejos para el manejo del cañón



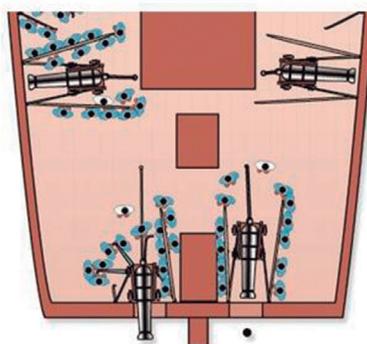
1. **Braga o braguero.** Fuerte cabo que era el que evitaba que el cañón se desplazase en el retroceso.
2. **Palanquines.** Cabos que utilizaban los sirvientes del cañón y que mediante aparejos y motones ajustaban la pieza para colocarla en batería tras el disparo o para moverlo.
3. Este **palanquín trasero** era también utilizado para mover el cañón, en este caso hacia atrás y que servía también para dejarlo sujeto cuando este estuviera inactivo.



Puentes de artillería de un navío de línea de dos cubiertas de cañones. De arriba a abajo tenemos la cubierta del alcázar o castillo que solía portar cañones de 8 libras u obuses de varios calibres (normalmente de 24 o 30 libras), después la segunda batería que solía armar cañones de 18 libras; por último la primera batería con cañones de 24 o 36 libras.

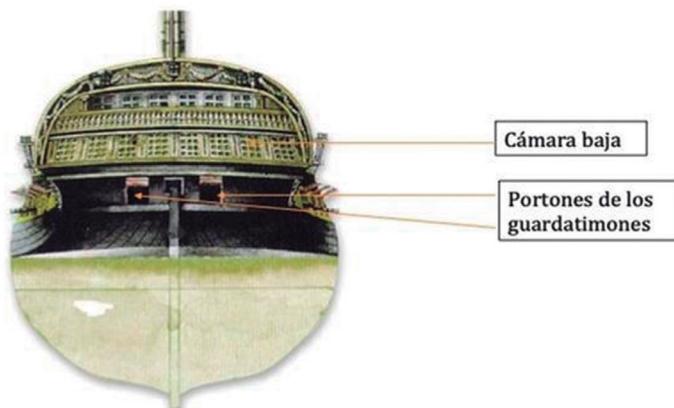
Ilustración de Todo a babor.

Cañón durante la navegación

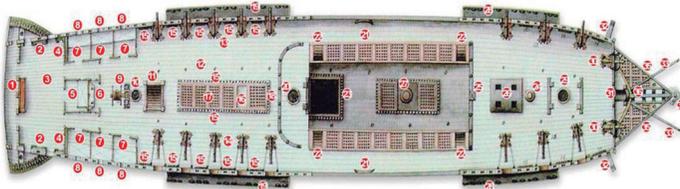


Cañones guardatimones

Popa navío. Cámara baja y guardatimones

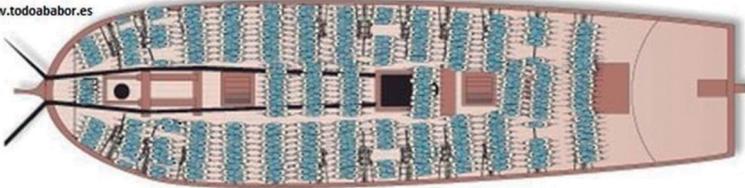


Cubierta superior de un navío de 2 puentes

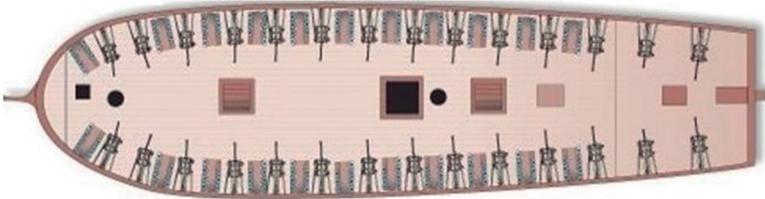


1. Galería.
2. Jardines.
3. Cámara alta.
4. Estantes para armas.
5. Camarote del Comandante.
6. Capilla.
7. Camarotes de los oficiales más antiguos.
8. Ventanas de luz para los camarotes.
9. Rueda de timón y bitácora.
10. Fogonadura del palo de mesana.
11. Escala para la 2ª batería y cámara de oficiales.
12. Alcázar.
13. Batería de alcázar y castillo.
14. La misma con cañones en batería.
15. Chilleras para balas.
16. La misma con cañones en retrada, chilleras para metralla y palanquetas.
17. Enjaretado para ventilar 2ª batería.
18. Escotilla de la 2ª batería.
19. Mesas de guarnición del palo mayor.
20. Proposo del alcázar y fogonadura del palo mayor.
21. Pasamanos.
22. Escala del combés y 2ª batería.
23. Escotilla mayor.
24. Cabestrante del castillo.
25. Proposo del castillo y campana de proa.
26. Chimenea de los fogones.
27. Cabestrante del combés.
28. Mesas de guarnición del trinquete.
29. Fogonadura del combés.
30. Miras de proa.
31. Proposo de proa y fogonadura del barrayute.
32. Servilinas.
33. Picantes de las amuras del trinquete.
34. Frontón de proa.
35. Beques de la tropa.
36. Tajamar.

Tripulación durmiendo en los coy, colgando sobre los cañones



Tripulación comiendo sobre tablas colocadas entre los cañones



**Domingo, 6 de abril de 1788. Hacienda de don Hernando, provincia de Riohacha, Nueva Granada.
Cuarenta años después de la guerra**

Don Hernando Gaviria se abanicaba sentado bajo el porche de la casa mientras sus nietos jugaban correteando entre los guayacanes y las palmas, los árboles que más presencia tenían en su propiedad. A sus setenta y dos años había perdido la vista de forma apreciable y por ese motivo casi no distinguía la playa: la privilegiada perspectiva que se abría a derecha e izquierda de sus tierras, con los magníficos atardeceres de los que tantos años había disfrutado sentado en ese mismo lugar. El médico de Santa Marta le había encargado unos anteojos con los que esperaba poder recuperar la visión, pero no llegarían hasta el mes próximo. Por lo menos le quedaba el olor del mar. El mar siempre había estado unido a su vida y no creía poder alejarse mucho de su amado piélago. A ambos lados de la silla que ocupaba había dos bolas de cañón de 24 libras; testimonios silenciosos de un pasado en el que disparó muchas como esas. Alargó una mano y, mientras acariciaba su herrumbrosa superficie, algunos lejanos recuerdos le hicieron sonreír. Una frase le vino a la mente: «el alma grande no ambiciona lo que no le pertenece».

Ese día iba a ser diferente en muchos aspectos, pues aquella tarde llegarían unos invitados especiales, largamente esperados: vestigios de su pasado con buenas nuevas o en eso confiaba. Aquella guerra contra los ingleses había orientado el derrotero de sus vidas y, a pesar de que ya habían pasado cuarenta años desde ese conflicto, su influencia seguía muy presente en su existencia. Don

Hernando a menudo reflexionaba sobre todos los aspectos que rodearon aquella contienda que duró nueve años. Sentía la pasión del historiador y se había aficionado a recopilar información de ambos bandos, analizarla y desdeñar aquella que no eran más que loas estériles de logros inexistentes. A través de sus contactos, había conseguido publicaciones de aquellos años llegadas de la misma Inglaterra que, a semejanza de algunas gacetas españolas, daban cuenta de algunas crónicas de la guerra. Obtuvo noticias publicadas, en su día, por el *The Daily Post* o por el *Adams's Weekly Courant*, pero lo que le había ayudado a entender mejor las vivencias de la guerra, desde el punto de vista de sus enemigos, había sido una novela escrita por un médico escocés que participó en la mayor de las batallas, la de Cartagena de Indias, llamado Tobias Smollett. El mismo año del final de la contienda, en 1748, se había publicado con el título: *The adventures of Roderick Random*. La primera edición no llevaba la firma del autor. Don Hernando se había carteadado con ese médico y, de alguna forma, como viejos contendientes, se había establecido entre ellos una relación cordial en la que intercambiaron puntos de vista y experiencias. Tobias le obsequió con un ejemplar firmado y, a pesar de ser una novela picaresca, pudo conocer un valioso punto de vista del modo en que sucedieron las cosas de sus oponentes. Tobias le escribía en español y le rogaba a Hernando que hiciera lo propio, pues, tras aprenderlo durante su etapa en la Armada, deseaba mantener la práctica del idioma. Años después, en 1755, Tobias tradujo al inglés *Don Quijote de la Mancha*, cosechando un gran éxito en toda Gran Bretaña.

Aquella guerra había tenido un comienzo peculiar, aunque se venía gestando desde tiempo atrás. Don Hernando llegó a disponer de una voluminosa información que le obligaba a tomar notas y ordenarlas cronológicamente. En su fuero interno, albergaba la idea de llegar a publicar esas historias.

Sus nietos se habían cansado de corretear por la finca. Jadeantes y sudorosos, se agolparon a su alrededor. Eran siete: cinco niños

y dos niñas. Los frutos de José, su hijo mayor, y de sus hijas Laura y Alba, que, junto con sus respectivos maridos y la esposa de José, vivían en la misma hacienda encargados de atender todos los asuntos que generaba su organización. Su hija menor, Paula, era considerada un regalo de Dios. Hacía doce años que fray Pedro de Almoyna, un misionero y viejo amigo del patriarca, la había encontrado el día de Santa Paula de Roma abandonada y perdida en la selva de Quimbaya. Probablemente, pertenecía a los chibchas, una tribu indígena de la zona. El fraile temía que acabara siendo vendida como esclava, por lo que rogó a don Hernando que la cuidaran por un tiempo. Cuando doña Gracia, su esposa, la recibió, supo que Dios se la enviaba como una hija más. En su hacienda todos los trabajadores eran hombres libres; creía firmemente que Dios no hacía distinciones, por lo que había decidido que nunca habría esclavos en sus tierras. Don Hernando y su esposa, desde hacía unos años, se limitaban a la vida contemplativa sumidos en sus recuerdos.

—Abuelo, cuéntanos alguna de tus historias —decía Leonor, la menor de sus nietas, mientras se le colgaba al cuello.

Algo incómodo por el calor que irradiaban sus pequeños y sudorosos brazos, aunque sin querer demostrarlo, tomó con suavidad sus manitas y se deshizo del pegajoso achuchón. Los demás niños, Marta, Lorenzo, Miguel, Ricardo, Pedro y Guillermo, con gran jolgorio, también insistían en escuchar sus vivencias pasadas.

—Bueno, niños, os voy a contar alguna de las batallas épicas en las que yo estuve y, sobre todo, la increíble hazaña, jamás igualada, de un navío de línea en el que fui embarcado: el Glorioso. Algunos de los episodios que os contaré los viví yo mismo; algunos me los contaron otros a mí. Pero sentaos alrededor y mantened el silencio y la calma.

Obedecieron disciplinadamente y, con verdadero interés, se dispusieron a escuchar a su abuelo.

—Todo ocurrió entre los nueve años que duró una guerra librada entre España y Gran Bretaña: la conocida como guerra de la Oreja de Jenkins.

—¿Oreja de Jenkins? —preguntaron los sorprendidos niños al unísono.

—Sí, oreja de Jenkins —repitió Hernando—. Se declaró la guerra por una ofensa al monarca británico. Veréis, lo que ocurrió fue que Juan de León Fandiño, capitán del guardacostas español La Isabela, como castigo a un contrabandista inglés llamado Robert Jenkins, que capitaneaba el navío Rebecca, le cortó una oreja. Después, la recogió del suelo y se la entregó diciéndole estas palabras: «Dile a tu rey que lo mismo le haré si a lo mismo se atreve».

Don Hernando lo dijo procurando imitar la voz de un rudo capitán y alzando la mano como si mostrara la oreja a un invisible prisionero. Los niños reían con la improvisada puesta en escena de su abuelo. Este prosiguió con el relato.

—Por ese motivo, el rey Jorge II declaró la guerra a España en 1739. Aunque todo eso fue solo una excusa, pues, en realidad, los ingleses querían conquistar las posesiones españolas en las Indias Occidentales para quedarse con todas sus riquezas, pero eso es muy complicado para que lo entendáis. Vamos al grano con las batallas. En la primera en la que estuve conocí a unos hombres que llegarían a forjar una sólida amistad: el alférez Joseph, dos condestables y unos artilleros de cañón naval que lucharían codo a codo en las batallas más importantes de esa guerra.

—¿Qué batallas, abuelo? —preguntó de nuevo Guillermo.

—La primera, y la más importante de todas, fue la batalla de Cartagena de Indias. El vicealmirante Vernon, que era el jefe de la expedición inglesa, ya había intentado comprobar cuáles eran las defensas de esa ciudad y, por ello, en el mes de marzo de 1740, el día 13 para ser más exacto, se presentó con una escuadra para ver con sus propios ojos cómo eran esas defensas. En ese momento no tenía la intención de tomar la ciudad y solamente quería ver

cómo respondían los españoles a un ataque inglés, pero no tuvo éxito. Sería su primer encontronazo en esa guerra con el astuto almirante don Blas de Lezo, que no cayó en la trampa y prácticamente no respondió al fuego inglés. Solamente procuró que sus navíos no se acercaran demasiado a la ciudad. No quería permitir que vieran el verdadero alcance de sus cañones. Tras unas escaramuzas y el rechazo de una tentativa de desembarco de tropas inglesas, Vernon se retiró a Jamaica, donde se prepararía para organizar otro intento, esta vez con más intención de probar sus posibilidades reales de tomar Cartagena y, tan solo algo más de un mes después de ese tanteo, a primeros de mayo, se presentó con una escuadra de trece buques de guerra y una bombardera. El almirante Lezo le sorprendió esta vez desplegando los seis navíos con los que contaba. Atacó a la escuadra de Vernon, que quedó entre dos fuegos: el cañoneo largo desde la costa, que Vernon no había experimentado en la anterior intentona, y el corto de los navíos españoles. Los navíos ingleses, tras arrojar más de 300 bombas contra la ciudad, se retiraron de nuevo a Jamaica, alegando que ese ataque había sido un nuevo intento de observar las defensas de la ciudad.

—¿Ya se escarmentó? —preguntaba su nieto Ricardo.

—Todavía no. Al vicealmirante Vernon aquel rechazo le debía agriar el alma, así que decidió desquitarse atacando la otra fortaleza que defendía el istmo de Panamá: la fortaleza de San Lorenzo el Real de Chagres.

—Abuelo ¿qué es un *istmo*? —preguntó Leonor, su nieta menor, de cinco años.

—Se dice istmo, mi niña. Un istmo es una franja de tierra alargada que une dos continentes. En este caso, América del norte y América del sur. Pues, como os decía, tan solo dos días después de retirarse de Cartagena decidió a acercar sus naves a la desembocadura del río Chagres, la última defensa española de Panamá en el Caribe, para destruirla. El vicealmirante Vernon sabía que ese fuerte, con escasas defensas, iba a caer bajo sus bombas, como así ocurrió.

—Entonces, ¿cuándo atacaron los ingleses a Cartagena? —preguntó Guillermo.

—El verdadero intento de conquistar la Cartagena de Indias se llevaría a cabo en cuanto completara la flota que había pedido al rey. Tal cosa ocurriría un año más tarde. Cercanos a esa fecha, mis camaradas, el alférez Joseph y esa cuadrilla de artilleros, empezarían a trabar amistad en el navío Dragón.

Don Hernando se mantuvo en silencio unos segundos. Con la mirada perdida en la lejanía del tiempo, empezó a recordar.